



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11933

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extras.
je 6.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contara desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 22 DE AGOSTO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Doréte rue Calmartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales,
moladuras, marcos y estampas

JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2 CARTAGENA.

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras ar-
tísticas para iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas
para chimeneas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles,
de color, muelinas, esmerilados, molados, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS
PIDANSE TARIFAS

Se platan lunas deterioradas.

Ni á un lado ni al otro

Poco afortunado está el Sr. Sil-
vela al tratar el asunto de Marrue-
cos. Si estuviera gastado el parti-
do dominante y el en visperas de
escalar el gobierno, se le iría éste
de las manos por causa de ese ar-
bitrio que le usó en las per-
ticias, diciendo que en la cuestión
marroquí debemos ponernos al la-
do de Francia.

El señor Silvela ha dado un gol-
pe en vago; ha tanteado la opinión
y ésta le ha contestado de un mo-
do negativo. Y quien dice opinión
dice la prensa, porque se da el fe-
nómeno de tener ambas cambiados
los papeles; y en vez de reflejar
los periódicos el criterio de los es-
pañoles, son éstos los que lo van
formando leyendo los periódicos.

La prensa es contraria á las
ideals del jefe de la Unión Conser-
vadora; no le place la alianza con
la república francesa, ni le place
tampoco ir del brazo de la Gran

Bretaña. En este punto se ha
declarado francamente ministerial
y aplaude las manifestaciones del
ministro de Estado que es acrí-
mo partidario del *statu quo*.

Ló raro es que el señor Silvela
se ha rectificado á sí mismo y le
parece ahora blanco lo que le pa-
recía negro en visperas de la gu-
erra hispano-americana.

Teniendo la conciencia de nues-
tra inferioridad en la guerra, en
la época triste un español que no
explorase con mirada ansiosa el
horizonte, para descubrir inocen-
tes algún amigo que quisiese ayu-
darnos en el tremendo trance.
Cualquier barco extranjero que se
arribaba á nuestras costas, provo-
caba explosiones de entusiasmo;
pero el barco marchaba y la alian-
za no venía.

—¿Qué hace el Gobierno?—pre-
guntaban todos, como si eso de
aliarse para hacer la guerra fuera
cosa tan fácil como juntarse cua-
tro hombres para explotar cual-
quier negocio.

Era entonces el jefe de la oposi-

ción conservadora el señor Silvela
y se esperaba que hablase en el
Congreso sobre aquella principalí-
sima cuestión que ofuscaba los án-
imos.

Y efectivamente, se levantó á
hablar. Con palabra reposada, fría,
y en cierto modo machacona, para
que á nadie le quedasen dudas de
cómo pensaba, nos dijo que aunque
lo deseáramos no podíamos salir
del *statu quo* en que habíamos vivi-
do tanto tiempo por nuestra vo-
luntad. Y para probarnos que en
dicha situación habríamos de per-
sistir fatalmente, preguntaba:

¿Qué vais á ofrecer á los que
quisieran hacer causa común con
España? Porque tened en cuenta
que no se puede llamar á la puerta
de nadie llevando las manos vacías.
Referíase el jefe de los conser-
vadores á los elementos de guerra;
al ejército que estaba en campaña
casi anémico; á la marina que ape-
nas tenía barcos útiles; á la artille-
ría que era mala, comparada con
la francesa y la alemana; á todos
esos elementos de guerra que de-
ben aportar los que pactan para
ayudarse mutuamente si hay que
combatir.

El señor Silvela piensa ahora de
un modo distinto y el país tam-
bién. Este es partidario de la neu-
tralidad. ¿Podemos ofrecer algo tan-
jible? ¿Dónde están los barcos si
los pocos que tenemos se fueron á
pique en Santiago de Cuba? ¿Dónde
están los cañones? ¿Dónde está el
dinero?

En ninguna parte.
No tenemos nada que ofrecer.
Tenemos las manos más vacías
que cuando pronunció su celebre
discurso el señor Silvela. Y como
que nada tiene que quedarse en
casa, en ella permaneceremos con
toda corrección, tratando á todos
con la más exquisita cortesía.

Eso es lo prudente, porque es

también lo que puede evitar el pe-
ligro.

TIJERETAZOS

Abrimos y leemos:

«La única esperanza.»

Basta, no queremos saberla.

Preferimos vivir ignorantes de todo á
perder la ilusión de que hay más de una.
Que la habrá, aunque otra cosa digan los
que hablan de la patria con el semblante
pálido y los ojos convertidos en fuentes.

Leemos:

«Mañana estarán reunidos en las aguas
de San Sebastián los pobres restos de la es-
cudra española.»

Los pobres restos de la pobre escudra.

No hay que economizar los adjetivos. So-
bro todo esos que á cada instante nos hacen
recordar que somos débiles y no vamos á
ninguna parte.

El gobernador de Barcelona —al nuevo—
ha sido entrevistado por los periodistas y
ha salido por este registro:

«Debo, ante todo, hacer constar que yo
no he solicitado el mando de esta provin-
cia y que mi nuevo cargo se le debe á la be-
nevolencia del gobierno, considerando yo
como un galardón muy honroso y como re-
compensa muy superior á mis escasos mé-
ritos.»

«No está mal de modestia el gobernador.
Pero al emprender sus anteojos y sa-
cepón si no resultan frases obligadas de
benevolencia y la escasez de méritos.»

El general Kitchener ha telegrafiado á
su gobierno que un destacamento inglés
compuesto de ciento cincuenta hombres
se prendió un campamento boer matando
á veinte y tres.

Y añade:

«Estos —los boers— en número de 800 á
900, atacaron al destacamento inglés, obli-
gándole á retirarse en retirada.»

Las pérdidas de los ingleses fueron un
muerto, seis heridos y otros seis prisioneros.

Hace bien el generalísimo en repatriarse
á la metrópoli, porque si sigue en Africa
se aburrirá por volverse loco y entorpecer á
sus paisanos con esos telegramas.

Cualquiera se entera de quien sorpren-
dió á quien.

Aunque bien puede suceder que el tele-
grama tenga esta traducción.

«Firmos por lana y salimos tranqui-
los.»

LAS CONFERENCIAS

de los oficiales reservistas

Desde hace días tenemos conocimiento
de la próxima publicación de una Real or-
den sobre las proyectadas conferencias de
los oficiales de reserva de la Guerra, poste-
rior á 1895. La discusión natural hizo que
observáramos lo que acerca de esa nueva
disposición sabíamos, no queriendo embar-
par con una publicidad prematura la inicia-
tiva del señor ministro de la Guerra. Hoy la
Real orden está firmada, y el acuerdo, por
tanto, no tendría razón de ser, tanto más
cuanto que mañana la publicará el «Diario
Oficial.»

El éxito que ha tenido la iniciativa del
señor ministro de la Guerra, en lo que res-
pecta á las mayores causas de insubordinación
á las autoridades reservistas para completar su
instrucción no ha podido ser más completo;
y los que llamándose defensores de los
de esos oficiales querían presentar como
perjudicial á estos lo proyectado por el ilus-
tre marqués de Toranzo, no tienen más
remedio que contentarse con ellos.

Para de los más insubordinados presenta-
das por aquellos beneméritos oficiales soli-
citando su ingreso en las proyectadas con-
sultas enteras para reservistas, en primer
los mayores gastos y trastornos originados
por el cambio de residencia. Si tan mal les
hubiera parecido lo propuesto, es indudable
que no hubieran acudido al llamamiento,
no ya en tan gran número, pero sí en
cifra apreciable; cuando se les repre-
sara á acudir es porque desde luego vio-
ran en lo que se les propone, algo muy fa-
vorable á sus intereses, una muestra del
buen deseo que respecto á ellos tiene el mi-
nistro de la Guerra, prenda valiosa del inter-
és que aquellos votamos los inspiran.

Esta gallarda actitud de los oficiales de la
reserva obligaba á mucho al mi-
nistro, haciéndola esforzarse para corres-
ponder á ella con todos los medios á su al-
cance. Las circunstancias que atraviesa el

quien era él por haberle visto todos los domingos en
miles, así es que pasó acercarse á la cabaña, y rogar
al joven en nombre de Dios que tomara á lo menos al
niño para salvarlo de la tempestad que estaba para
desencadenarse; pero no pudo dar un solo paso. El
coche entre tanto se había ido acercando, y el joven,
distinguiendo á la mujer apoyada en la cruz,
exclamó:

—¡Mujer! ¿quién tienes sitio?...
—¡Dios es!

El joven era conocido en todos los alrededores co-
mo un burlón de merda, se reía de todo y de todos;
por consiguiente, después de haber hecho la broma
cruda, se había alhajado riendo y á trote largo.

Al oírlo de la desgraciada r sonaba aún la ríga de
los jóvenes, el burlón y el ama de llaves, y hasta vió
que la simpática pareja se besaba mientras el coche
desaparecía entre la niebla.

La Responza quedó sola otra vez. No sin razón se
dice que: «un día y tortuga no se pueden matar ni á
golpes de macho, y en efecto, turp la fuerza de an-
dar á un peso de que, las piernas se le doblega-
rán.»

«Pero que así se ha hecho, este pobre poqueñuelo
Dios es! —repetía la mujer apretando contra su pe-
cho el poqueñuelo queriendo...»

Después fué presa de la fiebre, y empezó á murmu-
rar, castañeándole los dientes, y como si soñase:

—La cuna en la cabaña está vacía, y mi tesoro ha
ido á la guerra con la carabina.

El viento le arrancó la cola de la cabeza y su ex-
pléndida cabellera voló por todos lados. De impro-
viso, relampagueó vivamente y el rayo cayó tan cerca
de él, que sintió su olor á sulfuro y tuvo que detenerse
un moment. Miró al cielo tempestuoso, encorizado,
sin misericordia, y murmuró:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡protéjeme!...

Por respuesta, un relámpago vivísimo, azulado,
cayó del cielo sobre la tierra con un trueno espanto-
so. A intervalos, el viento soplaba con sordo rumor,
de manera que los pinos del espeso bosque que la ca-
rretera atravesaba, parecían murmurar en aquel mo-
mento: «¿Qué será de nosotros, qué será de noso-
tros!» Después proseguía el silencio, y á la pobre mu-
jer, con la fiebre le parecía oír una voz sarcástica que
salía del fondo del bosque, y ver los espíritus maléfi-
cos bailar en cetro en baile infernal.

—¡Si á lo menos pudiera salir del bosque! —pensó